

que se muere y renace
veinte veces al año.

Ved ahí los colores de la gama inverniza
en la veste labriega de la llanura.

En primavera... ¡claro! En primavera, Suiza
ni el Edén ni la Pampa publiquen su hermosura.

III

En primavera, el ama labradora,
del arcón de las fiestas con visperas de ayuno,
descubre el verde claro de la cebada, otrora
el verde de la avena y el verde serio y bruno
del trigo candea y el verde del centeno:
¡cuatro verdes distintos, del albino al moreno,
como cuatro personas de un dios cuádruple y uno!
El morado-heliotropo, —metáfora de sol—
festonea el romero trascendente; ilumina
los verdes un hachero de llamas de ababol
que, en vano desde el monte, quiere apagar la endrina;
la azulilla ilusiona al liego, como suele
una casada estéril azulear su anhelo
con un grito de madre que en el alma le duele,
—la azulilla no brilla, ni cimbreo, ni huele:
es un tropo de estrella sin raíz en el suelo;
el pámpano tintorro tornasola el majuelo
a la orilla de plata de una tímida olmeda;
la retama recobra sus prendidos de seda
amarilla y joyante; los gazapos recientes
mimetizanse cautos en disfraz de cantuesos,
los hocicos violáceos escondiendo los dientes,
las orejas morachas con sus ángulos tiesos;
todavía otro tono del morado desglosa
el espectro en la adusta floración de los cardos
y otro más, en otoño, da la efimera rosa
del azahrán, esmalte de los quimones pardos...
Y los oros refulgen en la mies del agosto,
que es el manto triunfal del ama labradora,
y la uva pintada, rebosante de mosto,
empurpura el paisaje con sangre redentora.
En el cielo, el azul unánime; tan alto,
tan hondo, tan espeso; en suma, tan azul
que en su tono se funden el zafir y el cobalto
y el índigo de Prusia y el turquí de Estambul.

V

¡Qué llanura, Señor,
si hubiese buen cantor!
¡Qué paisaje, Dios mío,
si escuchara el rumor
de la fuente y el río!
Mi llanura manchega,
como el ama labriega
havendosa y azara,
ella misma prepara
incansable en la brega,
tan experta en jimienzos
como en husos y tornos,

sus hilados y lienzos;
sus prendidos y adornos,
sus colores y tintas,
sus bordados y randas...
¡Ay, Señor, que distintas
esas veces infandas,
al olor de que cruceñ
caminantes que entucen
de aguas vivas su pecho,
a quien brindan un lecho
y un amor que traducen
en ganancia y provecho.